

»Conocemos los filantrópicos sentimientos de la nación, y á ella le hablamos.

»La filantropía es una virtud que se alberga en todos los corazones humanos, y á todos esos corazones humanos, sin excepcion de partidos, nos dirigimos.

»No es de un asunto político del que se trata.

»Es un asunto de humanidad que nos ocupa.

»El hacer ménos amarga la situacion de las familias de los presos.

»¿Habrá algun mejicano que no esté dispuesto á contribuir por su parte, á una obra humanitaria?

»No, ninguno.

»La virtud y la desgracia alcanzan gran aprecio en la filantrópica sociedad mejicana, y la virtud y la desgracia de las familias pobres de los presos, no quedarán desatendidas.

»Seguros de ello, hemos resuelto abrir una suscripcion en favor de las familias de los presos que carezcan de recursos, y nos dirigimos á todos los mejicanos para que esa suscripcion dé un resultado digno en favor de esas familias.

»Esa suscripcion, pues, queda abierta desde este instante.

»Las personas que, dotadas de generosos sentimientos, quieran contribuir con lo que sus facultades pecuniarias les permita, á mejorar la triste situacion de aquellos por quienes venimos abogando, les suplicamos se dignen enviar lo que á bien tengan, á esta redaccion, dejando en ella su nombre y la cantidad que hayan dispuesto, para que así tengamos la satisfaccion de publicar la lista de los que han favorecido á las familias desgraciadas.

»Creemos que nuestro pensamiento hallará buena acogida en la prensa de la capital y de los Estados, porque es un buen pensamiento humanitario que en nada se roza con la política, y en consecuencia suplicamos á toda ella, se digne dar á conocer nuestro pensamiento, para ver si de esta manera se alcanza el noble objeto que se desea.»

1867. Esto decía yo en el artículo de fondo de Diciembre. la *Sociedad Mercantil*, conociendo las virtudes de la sociedad mejicana, y pronto tuve buenas pruebas que me confirmaron ne la elevada opinion que yo había formado de las virtudes de las mujeres mejicanas. Habiendo querido llevar por mí mismo á las familias más necesitadas la parte que en la distribucion de lo poco que se había colectado le pertenecía á cada una, sentí desgarrado mi corazon con el aspecto que la mayor parte de ellas presentaba. Esposas de generales encontré habitando en humildes cuartos bajos, de una sola pieza, en modestas casas llamadas de vecindad; cuartos bajos que sólo suelen ocupar las clases menos acomodadas.

Esto les honra, pues revela, á la vez que la virtud de ellas, la probidad con que sus esposos desempeñaron sus empleos.

El gobierno miraba más bien con placer que con desagrado que una parte de la prensa se expresase pidiendo amnistía para los presos políticos; porque comprendía perfectamente el estado triste y angustioso en que se hallaban sus inocentes y virtuosas familias; pero aunque inclinado á ella, creía que no debía aún concederla; pues habiendo convenido á su política, durante



la lucha, dar á la admision de la intervencion por los imperialistas, miras antipatrióticas, juzgaba que el pronto perdon podría tomarse por una prueba que contradecía la acusacion. Además, aunque parte de la prensa y la mayor parte de los hombres juiciosos del partido liberal deseaban la clemencia hácia los vencidos, porque en ella veían el medio de que se operara la union de todos los mejicanos, los que aspiraban á los puestos públicos y temían que se ocupase en muchos de ellos á los conservadores, no cesaban en acusar de traidores á los que habían defendido el imperio; y este clamor de los que aspiraban á los puestos públicos, era un obstáculo para que el gobierno usase de toda la clemencia que hubiera querido. Sin embargo, justo es hacer saber que templó el rigor hasta donde juzgó que le era imposible, para que no le acusasen de débil los que se oponían á la amnistía.

D. Benito Juarez se propuso ir cediendo por grados la gracia de perdon, para no indisponerse con las personas más exaltadas de su partido, y venir al fin al resultado de los que opinaban por la amnistía. Que este era su objeto, y que había ido templando el rigor con los presos políticos, no vacilaron en confesarlo los redactores de *La Revista Universal*, periódico de ideas verdaderamente conservadoras. En el número correspondiente al día 10 de Octubre decían las siguientes palabras: «Hoy cumplen noventa y siete días de reclusion los presos políticos que quedan en la Enseñanza y Santa Brígida. En el transcurso de este tiempo hemos venido observando lo que ha acontecido á los primeros

1867. » con quienes tenemos algun conocimiento.  
Diciembre. » Hemos visto que á los cuatro días de prision salieron catorce personas de notorias enfermedades y ancianidad, en libertad.

» A los diez días salieron cosa de cincuenta y ocho que debían reputarse menos culpables, pero quedaron aún muchos que estaban en el mismo caso. A los setenta y tres días salieron los que como aparecen en el decreto respectivo, quedaban en libertad, aunque vigilados por la policía: desde mediados de Setiembre han estado saliendo á intervalos varias otras en libertad, otras á confinamiento, y otras han obtenido licencia para salir por ciertas horas del día. Esta observacion nos ha dado la conviccion de que el gobierno ha usado de lenidad, que se ha propuesto un sistema que calma la anarquía de los vencidos, para llegar, aunque poco á poco, á la conciliacion de los mejicanos. Muy satisfactorio nos ha sido este exámen, pues escritores independientes como somos nos complace-mos en elogiar los actos del gobierno, cuando en nuestro humilde concepto lo merecen.»

Nunca gobierno alguno se había encontrado en circunstancias tan favorables para constituirse sólidamente y establecer la paz con la union de todos los partidos, como el de D. Benito Juarez. Todos los principales caudillos imperialistas, ó bien conservadores, habían sido fusilados ó estaban prisioneros. Hasta el general D. Leonardo Marquez había desaparecido del país marchando á tierra extranjera. No obstante el empeño con que sin cesar se le había buscado, logró salir de la capital sin ser conocido. Seis meses había permanecido



oculto en ella, esperando á cada momento ser descubierto y fusilado, como lo habían sido D. Santiago Vidaurri y D. Tomás O'Horan. No siendo posible permanecer por más tiempo en aquella situacion angustiosa y librar á su anciana madre del continuo sobresalto de que le aprehendiesen, tomó la resolucion de salir de la ciudad burlando la vigilancia de la policia. Con el objeto de conseguirlo se disfrazó con el traje de indio carbonero, esto es, con sombrero de petate, calzón blanco, *guaraches*, que son una especie de sandalias de cuero, y embozado con una frazada muy corriente. Vestido de esta manera, logró salir en pleno día de la capital, pasando por enmedio de los mismos que le buscaban, sin que sospechasen ni remotamente que él fuese. Despues de diez y seis días de una marcha penosa y llena de sobresaltos, por senderos extraviados, y aprovechando una gran parte de las noches; tropezando á cada instante con dificultades y peligros; teniendo á la vista muchas veces las tropas del general D. Porfirio

1867. Diaz, y pasando en medio de las partidas de Seguridad Pública encargadas de guardar los caminos y de impedir su evasion, logró, por fin, llegar al puerto de Veracruz. Pero aun aquí tuvo que sufrir nuevos sobresaltos y vió crecer los peligros cuando los juzgó casi vencidos. Al siguiente día de hallarse en Veracruz, empezó á llegar á la misma plaza un cuerpo de tropas, destinado á Yucatan, para contener los avances de los indios de aquel Estado que se habían levantado contra la raza blanca. Este incidente, le obligó á D. Leonardo Marquez á estar oculto en Veracruz cinco días, en cuyo tiempo se marchó el vapor en que

pensaba embarcarse, y le obligó á tomar otro que salió para los Estados-Unidos, á donde llegó á los pocos días, pasando despues de algun tiempo á radicarse en la Habana.

Las circunstancias, como se vé, no podían ser más favorables al gobierno de D. Benito Juarez, para establecer sólidamente la paz, ardientemente deseada por el país entero, y operar la union de la gran familia mejicana, sin distincion de partidos. Con el perdon hácia los vencidos, y con una política en que no se hiriesen las creencias de nadie, sinó observando una completa tolerancia en ellas, ni permitir que á nadie se zahiriesen por las que profesara, toda vez que había establecido la libertad de cultos, las discordias civiles tenían que terminar para siempre.

Conquistada con el perdon la gratitud de todos los jefes que habían combatido por el imperio, así como la de sus familias que gemían en la miseria y el abandono, haciendo guardar á todos los que profesaban una religion el respeto debido hácia todos los otros; y no mirando en los hombres para confiarles algun cargo, el color político, sinó su mérito, honradez y saber para desempeñarlo, era seguro que la república mejicana en contraría los bienes por los cuales todos sus hijos habían suspirado ardientemente; esto es, la paz, la abundancia, la union, el desarrollo de la riqueza agrícola y minera, la prosperidad y el engrandecimiento de su patria.

El día que la nacion mejicana vea unidos á todos sus hijos, separados antes por las guerras civiles, será una de las potencias más poderosas y fuertes de la América.

El empeño de sus gobiernos debe dirigirse á realizar esa union, con medidas sabias y prudentes. Entonces las



demás naciones la respetarán, y su extenso territorio estará asegurado con su propia fuerza.

La nacion mejicana no debe esperar su engrandecimiento, sinó de sí misma y de las sabias leyes que dicten sus gobiernos.

Los mejicanos, aleccionados por los terribles y costosos desengaños que han recibido de las demás naciones que han abusado de su buena fé y luego de la debilidad á que les había conducido sus continuas luchas civiles, deben guardar con ellas todas las atenciones debidas, pero jamás confiar demasiado en sus promesas, ni en sus protestas de simpatía. Por esa confianza y buena fé, admitieron en la provincia de Tejas una inmigracion norteamericana, que, ingrata á la generosidad con que se le habían concedido vastos terrenos, se declaró á mediados del año de 1835 independiente, proclamando presidente á Samuel Houston, y en 1845 se agregó á los Estados-Unidos, dando motivo á una guerra la más injusta de parte de éstos contra Méjico, que dió por resultado la pérdida de más de la mitad del territorio de la república mejicana. Por esa misma confianza y buena fé, admitió el partido conservador la intervencion de la Francia, juzgando sinceros y nobles sus ofrecimientos, y sólo recibió amargos desengaños, arbitrariedades, injusticias, y por último su abandono, dejándole sin defensa y comprometidas sus vidas y sus haciendas. No más generosa conducta habían observado y observaban los ingleses en Belice, vendiendo armas y municiones á los indios de Yucatan para la guerra de castas que hacían á los blancos, vién-

dose el gobierno mejicano en grandes dificultades para contener aquellas insurrecciones en las que las familias blancas tenían que emigrar á las grandes poblaciones.

Pero no solamente los gobiernos de Washington, Inglaterra y Francia, con sus mentidas promesas de simpatía y de desinteresado afecto han causado irreparables daños á la nacion mejicana, sinó que hasta los escritores de esos países han parecido empeñados en no ser justos con los hijos de aquel país. La obra del príncipe D. Félix de Salm Salm, está llena de apreciaciones las más ofensivas y ménos ceñidas á la verdad a hablar de los hombres de los diversos partidos que se han disputado el poder en Méjico. El conde de Kératry, segundo del contraguerrillero coronel Dupin, que nunca censuró los actos crueles cometidos por éste en las poblaciones que incendió, pinta con los más negros colores la falta más leve cometida por los mejicanos de uno y otro partido, presentando á la sociedad entera sin virtudes ningunas y llena de los defectos más innobles. En su obra titulada *Elevacion y caída del emperador Maximiliano*, dice que «Méjico es un país maldito; que la palabra patria no tiene eco allí; que mientras cinco millones de indios trabajan y sufren, los clericales quieren conservar lo que han adquirido á expensas de la prosperidad general, al mismo tiempo que los liberales quieren enriquecerse y llegar á los altos puestos siendo culpables todos;» y hasta de los errores cometidos por Maximiliano en su gobierno culpa al clima de Méjico, diciendo que, «para ser justos, es preciso confesar que el clima mejicano había afectado el



»organismo del emperador, y bajo aquella latitud, el  
»físico obra fatalmente sobre lo moral.»

Da verdaderamente pena ver que la prevencion de un escritor hácia los hijos de un país que sólo ha visto en una época de lucha sangrienta, pero no en el seno de las familias pacíficas, sinó en los campamentos, asiente errores verdaderamente inaceptables, pretendiendo hacerlos pasar como verdades innegables. Negar á los mejicanos la virtud del amor á la patria, es desconocer la historia de aquella nacion que se aprestó á la guerra para rechazar la invasion de Barradas, que luchó heroicamente contra los ejércitos de los Estados-Unidos en la Angostura, Veracruz, Cerro Gordo y el Valle de Méjico, con extraordinario esfuerzo aunque con mala fortuna, y haber olvidado la actitud que tomó para combatir contra la Francia, cuando ésta en 1838, exigiendo cosas injustas de Méjico, bloqueó el puerto de Veracruz, cuyo castillo se defendió heroicamente.

Llamar *país maldito* á una nacion en que los hombres honrados de diversos países que han llevado á él su industria, su laboriosidad y su trabajo, han encontrado generalmente la recompensa á sus afanes, consiguiendo hacer una fortuna decente, es hablar sin conocimiento de lo que se afirma; y asentar que aquel clima altera los nobles sentimientos del hombre, es cerrar los ojos á las elocuentes páginas de caridad, de filantropía, de amor al prójimo que el viajero encuentra en los grandiosos hospitales, casas de beneficencia, colegios y acueductos levantados así por los españoles como por los mejicanos, antes de la independenciam. Yo he encontrado en aquel dulce clima, la más cordial de-

ferencia en sus hijos, una afabilidad cautivadora, una hospitalidad franca y sentimientos los más generosos. He visto en los hombres nacidos bajo aquel suave clima, vivo ingenio, claro talento, agudeza, afabilidad, finas maneras, amena conversacion y dotes verdaderamente recomendables. Respecto del bello sexo, no temo asegurar que las mejicanas pueden servir de modelo de esposas, de hijas y de madres.

Siendo esto una verdad, y conociéndola todo hombre honrado que haya frecuentado la buena sociedad de aquel país, no se puede ver sin profunda pena la pintura altamente injusta y ofensiva que hace el abate francés Domenech, de las mejicanas, del clero, y, en fin, de todas las personas nacidas en el vasto territorio mejicano. Para conseguir su reprochable intento respecto del bello sexo, presenta los bailes dados en palacio, á los cuales asistían las señoras más distinguidas de la capital; y arrojando sobre ellas la calumnia, deja que se deduzca lo que podrán ser las de ménos elevada esfera. Voy á dar á conocer sus mismas palabras, porque ellas revelan por su impolítica dureza y su acritud, el espíritu de innoble pasion de que estaba dominado el autor al escribirlas.

«El tocador de la Corte destinado á las señoras,» dice en su obra titulada *Juarez y Maximiliano*, «queda »barrido antes de que la noche termine. Una vez los »zapatos, los guantes, los limpiaúñas, los cepillos, las »agujas, el hilo, en una palabra, todo cuanto se en- »contraba en el gabinete, pasó á los bolsillos de las »convidadas que habian entrado para reparar el desór-